

74

3

PRELIMINAR
Instituto Latinoamericano
de Planificación Económica y Social
Santiago, noviembre de 1967

CONCLUSIONES PARA UNA ESTRATEGIA *

- * Parte VII de "La crisis mundial de la educación - un análisis de sistemas". Philip H. Coombs con la colaboración del personal del IIPE. Conferencia Internacional sobre la Crisis Mundial de la Educación, Williamsburg, Virginia 5-9 de octubre de 1967.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DEPARTMENT OF CHEMISTRY
5708 SOUTH CAMPUS DRIVE
CHICAGO, ILLINOIS 60637

RECEIVED

1964

Habiendo explorado desde el amplio punto de vista del análisis de sistemas las características más destacadas y las causas de la crisis mundial de la educación, pasamos finalmente a la cuestión operativa. ¿Qué puede hacerse ante la crisis?

No podemos recomendar una solución sencilla, porque estamos convencidos de que no hay soluciones sencillas. Pero también estamos convencidos de que hay múltiples soluciones. Son soluciones difíciles y después de aplicadas deberá transcurrir mucho tiempo antes de que produzcan todo su efecto.

Por nuestra parte creemos que la solución en que más puede esperarse para terminar con esa crisis, reside en la elaboración de estrategias nacionales e internacionales equilibradas, cuidadosamente combinadas para combatir contra todos los componentes principales de la crisis. Además, deben proseguirse con energía y vigor durante un período de tiempo que cubra desde las necesidades tácticas inmediatas hasta las previsiones que alcance a los cinco, diez o veinte años siguientes.

La única alternativa a esas estrategias es caer en lo que constituye evidentemente un peligro para el futuro de la enseñanza, es decir, en no contar con un itinerario preciso y seguir cada día la dirección hacia la que sopla el viento, - o quizás no ir a parte alguna. Esa ilusión de movimiento, sin rumbo, sólo puede desembocar en el más completo desencanto.

Naturaleza y papel de la estrategia del desarrollo educacional

Una estrategia del desarrollo de la enseñanza, en el sentido que le damos aquí a este término, no es un conjunto de péticos mandamientos. Es un marco para específicas políticas docentes con el propósito de que esas políticas se formulen de una manera razonablemente equilibrada e integrada, adecuada a las previsiones de tiempo y orientada hacia una dirección acertada como las políticas mismas, ese marco metodológico debe ser flexible. Debe poder revisarse constantemente y modificarse a la luz de los progresos que se realicen, los imprevistos con que se tropiece, los nuevos conocimientos que se adquieran y las nuevas perspectivas que se

/adviertan. Pero

advierten. Pero no ha de ser tan flexible como para que se pueda desmantelar alegremente y reajustar sobre bases totalmente distintas, cada vez que un nuevo ministro o un nuevo partido se instale en los puestos de comando. Sin una continuidad y una permanencia razonables, y sin el momento acumulativo que sólo la continuidad y la consistencia pueden proporcionar, una estrategia es poco más que un andamiaje escénico. Todo delante y nada detrás. Si la carga es superior a sus posibilidades, se desmorona.

Una verdadera estrategia debe apoyarse firmemente en un amplio consenso que abarque diversos intereses políticos, sociales y educacionales, y que cuente especialmente con el auténtico entusiasmo y la devoción de numerosas personalidades representativas de esos diversos grupos. Desgraciadamente, algunas naciones pueden no estar aún preparadas para una estrategia de esa suerte. En efecto, pueden no reunir todavía las precondiciones políticas, sociales, económicas y administrativas que requiere el establecimiento y la aplicación de una estrategia del desarrollo de la enseñanza, o del desarrollo económico y social en general. Sin embargo, incluso en esos casos debe hacerse un esfuerzo para definir y establecer una estrategia, porque nada se consigue no intentando nada, en tanto que el esfuerzo puede, por sí mismo contribuir a crear las mismas precondiciones para el éxito de que carecen.

Una estrategia del desarrollo educativo no es algo que exista en el vacío, o que pueda elaborarse en una oficina de un ministerio con un experto, un estadígrafo y una máquina de calcular. Debe definirse a partir de fines ampliamente compartidos, de la conciencia racional y del poder de voluntad que emanan directamente del medio cultural, social y económico al cual dicha estrategia ha de aportar su contribución. Como tal, la estrategia tiene una forma tangible, existe en diversos niveles, y se amolda para adaptarse a las circunstancias y tareas peculiares de cada nivel y lugar. Puede haber estrategias internacionales, regionales, nacionales, estatales y provinciales, elaboradas en cada caso por las autoridades competentes. Pero si esas estrategias deben consolidarse mutuamente, han de compartir

un enfoque común para definir la acción, deben actuar siguiendo pautas fundamentales de dirección y prioridades en las que haya un acuerdo general, y deben contar con apoyos de diversa procedencia.

En el diagnóstico que hemos formulado, hemos llegado a ciertas conclusiones generales relativas a la naturaleza de la crisis mundial de la educación. Cómo surge, dónde se sitúa, y hacia dónde parece tender. Como todo ello se relaciona con la elaboración de una estrategia, podemos ahora recapitular esas conclusiones de una manera condensada, corriendo, claro está, el riesgo inevitable de una excesiva simplificación.

Recapitulación de los cinco factores de la crisis

La crisis nace de la conjunción histórica de cinco factores, cada uno de los cuales halla su origen en las tumultuosas fuerzas de cambio comunes a todas las civilizaciones en la época actual. Podemos denominar a esos cinco factores de la manera siguiente:

La oleada de alumnos y estudiantes. Se ha producido una inexorable y poco menos que sobrepoderosa y creciente marea de la demanda popular por más educación, de toda suerte y en todo nivel, que ha alcanzado hasta a los más pequeños pueblos y aldeas. La oleada de los que aspiran a estudiar, originada en primer término por una explosión de las aspiraciones humanas, a la que se ha añadido luego una explosión demográfica, ha inundado a todos los sistemas de enseñanza. Los responsables de esos sistemas han estado tan totalmente ocupados por la necesidad de resolver los problemas de orden material y de organización que han dispuesto de poco tiempo para pensar en cosas tales como la calidad y la eficiencia del cometido docente en su conjunto. Esa oleada no cesará en breve plazo; por el contrario, en muchos lugares amenaza con aumentar todavía más, y más aprisa, durante mucho tiempo.

Aguda escasez de recursos. Para hacer frente a la oleada de alumnos y estudiantes, y paradójicamente para incrementarla, los recursos destinados a la educación se han multiplicado de una manera sin precedentes, a partir de la década de los años cincuenta. No obstante, la oferta de personal docente, locales, equipo y libros de texto, subvenciones de

estudio y becas, así como los medios económicos para ello, han ido muy a la zaga del aumento de la demanda, imponiendo restricciones severas a la capacidad de los sistemas docentes de responder satisfactoriamente a tal demanda.

En esta materia, las previsiones son similares a las relativas al alumnado; en otras palabras, la escasez de recursos, en comparación con las necesidades permanecerá constante y puede incluso agravarse. Esas previsiones son especialmente inquietantes en el caso de las naciones en vías de desarrollo, que están forzando los límites de sus posibilidades financieras hasta cerca del punto de ruptura, sin que se vea ninguna posibilidad de alivio.

Aumento de los costos. Las limitaciones crecientes en materia de recursos pesarán todavía más sobre las posibilidades de los sistemas de enseñanza, como consecuencia de que los costos reales por alumno tienden a aumentar. Aparte de la acostumbrada merma que la inflación inflige a los presupuestos de educación y a los sueldos del personal docente, esa tendencia al aumento de los costos unitarios se centra esencialmente en el hecho de que la educación continúa siendo una industria de intensidad de mano de obra todavía en una etapa artesanal. Esa particularidad se agudiza todavía más, cada vez que se realiza un esfuerzo para mejorar la calidad de la educación por los medios convencionales.

Inadaptación del producto. En esas circunstancias ya deplorables, los sistemas de enseñanza están además preocupados por la evidencia de que lo que enseñan y lo que resulta - tanto en los alumnos individuales como en su "mixtura" - parecen en importantes aspectos no corresponder a las exigencias de la época y de las circunstancias. Los productos de los sistemas educativos no armonizan evidentemente, de un lado, con las necesidades rápidamente cambiantes del desarrollo nacional, y las necesidades igualmente cambiantes de los individuos de sociedades en proceso de cambio. Pero por otro lado, las actitudes, las preferencias ocupacionales y los patrones de jerarquía que el medio ambiente impone a los estudiantes, actúan contra el uso adecuado de los productos de un sistema educativo moderno y contra la promoción de un auténtico proceso de desarrollo dirigido

al cambio social y a la modernización económica. Así resulta una especie de triple atolladero entre las viejas actitudes y estructuras ocupacionales en relación con las nuevas aspiraciones, las necesidades reales del desarrollo y la educación misma. Una consecuencia principal de ese atolladero es la creciente incapacidad de las economías de los países en vías de desarrollo para absorber el producto humano de los sistemas educativos, exacerbando de esa manera el problema letal del "desempleado educado".

Inercia e ineficiencia. Presos en estos desesperantes aprietos los sistemas educativos han respondido esencialmente con los métodos "de todos los días". Pero esto no ha dado resultados ni los podría dar. Los viejos arreglos que sirvieron bien antes - el sistema de administración, los programas y métodos de enseñanza, el aula encerrada en sí misma, y todas esas otras cosas que han caracterizado al proceso tradicional de educación - han demostrado no servir para las nuevas situaciones. Lo que parecía como de todos los días en realidad se convirtió en algo peor que antes, como lo confirman las repetidas protestas contra el "deterioro cualitativo". Este enfoque de como todos los días - otro nombre para la inercia inherente a los métodos educativos - los ha disuadido de trabajar en la adaptación de sus asuntos internos suficientemente aprisa como para afrontar un conjunto de circunstancias rápidamente cambiantes.

Así, pues, los sistemas educativos del mundo entero sufren hoy una crisis como consecuencia de la acción combinada de estos factores. Esa crisis, claro está, difiere en el tiempo, en intensidad y en forma de un lugar a otro. Donde presenta más graves características es en los países más pobres. Ellos han tropezado con dificultades extremas justamente cuando han tratado de edificar sistemas de enseñanza equilibrados, bien integrados y populares. Además, al margen de la escasez de recursos, tropiezan con un problema pedagógico mucho más difícil que es peculiar de esos países: la necesidad de hacer pasar, a la mayoría de toda una generación, de un mundo iletrado cargado de tradiciones al móvil y moderno mundo de la ciencia.

En las naciones industrializadas, la crisis no debería sin embargo tomarse a la ligera por el hecho de que es menos grave. La arterioesclerosis académica ataca más rápidamente a los sistemas más antiguos y es más difícil

/de subsanar

de subsanar. Sus insumos pueden ser más ricos pero su eficiencia interna puede ser baja y su rendimiento tan mal adaptado a las necesidades reales como en los países más pobres.

De conformidad con nuestra propia disposición es posible considerar este conjunto de factores de una de dos maneras distintas. La primera podría consistir en ver en él una especie de Götterdämmerung - el cataclismo final de la confrontación entre las posibilidades de la ciencia por crear técnicas revolucionarias, y la incapacidad humana por asimilarlas y dominarlas. La segunda consistiría en ver en él uno de esos grandes momentos de la historia en que las fuerzas germinales nacen a la vida, desafían al ingenio humano, y evocan en él una respuesta dinámica que haga dar un nuevo paso a la civilización. Este último criterio debe imperar en la mente de quienes se propongan elaborar estrategias para el desarrollo de la educación.

Dos particularidades esenciales de la estrategia

¿En qué podría consistir esa estrategia?

Sin pretender tener una respuesta, podemos sugerir simplemente dos características de esa estrategia. La primera es que debe centrarse en la relación que existe entre los diversos aspectos del problema. Debe procurar mejorar una serie completa de relaciones - incluidas las internas del sistema de enseñanza, entre sus varios niveles y ramas, y entre el sistema de enseñanza y el medio que le circunda, tanto desde el punto de vista de los insumos como de los productos. Esas relaciones hoy desequilibradas deben procurar situarse en un punto de mayor equilibrio y en tasas de progresión compatibles entre sí. Esa necesidad de un enfoque centrado en la cuestión de las relaciones mutuas y de analizar el problema en su conjunto, muestra precisamente por qué un análisis de sistemas es primordial para elaborar una estrategia.

La segunda característica consiste en poner el acento en las innovaciones - innovaciones en virtualmente todos los aspectos de todos los sistemas de enseñanza. La sociedad y la economía no se ajustarán a los sistemas de enseñanza. Si ajuste ha de haber, los sistemas docentes tendrán que dar el primer paso; podrán luego transformar la economía y la sociedad,

/pero no

pero no siendo los mismos de antes sino porque habrán sabido adaptarse a la sociedad y a la economía. Por consiguiente, el punto central del problema reside en cómo conseguir que los sistemas de enseñanza apáticos se transformen más rápidamente y se orienten hacia las direcciones acertadas.

Sin embargo, las innovaciones en materia de educación no se producirán automáticamente. Y aunque así se lleven a cabo no se asimilarán rápidamente. Si las innovaciones propuestas proceden esencialmente de fuentes exteriores al sistema, se las acogerá quizás con cortesía pero es probable que luego se dejen de lado. Para que la estrategia tenga éxito, las innovaciones han de consistir en algo que no han sido antes. Deben convertirse en un sistema de vida para la educación.

Eso, claro está, requiere principalmente dos cosas. Debe convencerse a los individuos más directamente involucrados en la educación de que no hay otro modo de salir de la crisis y de que no cabe duda de que adoptar una actitud innovadora puede aportar a la enseñanza un nuevo atractivo y sentido de aventura. En otras palabras, debe haber una nueva actitud respecto de las transformaciones, tanto en los medios educacionales como en sus clientes más inmediatos, los padres y los alumnos. Los premios Nobel de ciencias se ganan por haber puesto en duda y derribado las viejas verdades y haber descubierto otras nuevas. La misma sana irreverencia por las "verdades venerables" debe introducirse en cierta medida en la empresa que se supone engendrará a los futuros ganadores de los premios Nobel. Eso sólo constituye ya uno de los más importantes cometidos de la enseñanza, y no es posible perder tiempo en iniciarlo.

La otra pre-condición para proceder a amplias innovaciones, consiste en que los sistemas de enseñanza deben darse los medios de innovar. Al comienzo de este documento señalamos que la agricultura no pasó de su condición tradicional a un nivel moderno hasta que los mecanismos y el enfoque de la investigación científica y del desarrollo se pusieron a disposición de los agricultores. Luego, una vez institucionalizado, el proceso de innovación, se hizo hábito para los campesinos. Así nació la agricultura moderna y las cosas han cambiado desde entonces. ¿Quién hubiese podido pensar, hace cincuenta años, que tal cosa sería nunca posible? La educación

no necesita una estación agrícola experimental, pero necesita su equivalente, así como un servicio de extensión eficaz, que extienda los resultados útiles de las investigaciones y de la experimentación, lejos, amplia y rápidamente.

Cinco objetivos prioritarios de la estrategia

Si ha de hacerse un esfuerzo mayor en favor de las innovaciones, debe también establecerse un orden de prioridades. No todo puede hacerse de inmediato, y ciertas cosas deben hacerse antes de otras. Nuestro análisis de la crisis de la educación nos conduce a sugerir los siguientes objetivos primarios:

Modernizar la administración educacional. Mientras los sistemas de enseñanza no cuenten con administradores competentes y modernos - que a su vez cuenten con instrumentos modernos de análisis, investigación y evaluación, y con el apoyo de equipos de especialistas competentes - es improbable que la educación pase de su condición semiartesanal a otra más moderna. En vez de ello, la crisis continuará empeorando rápidamente. Al tratar de modernizar su sistema directivo y administrativo, la educación puede hallar muchas ideas útiles - incluidos los conceptos y métodos de análisis de sistemas y de planeamiento integrado a largo plazo - en las prácticas de otros sectores de la sociedad que han hecho considerables progresos en esa dirección.

Modernizar el personal docente. El personal docente de hoy día difícilmente puede modernizarse - aumentar su productividad, estar al día con los nuevos conocimientos y adaptarse a los nuevos métodos de enseñanza. Nunca ha tenido la posibilidad de hacerlo. En general está formado para la enseñanza del pasado, no para la del mañana; y si por suerte lo está, pronto se ve limitado en la utilización de sus aptitudes, por las realidades cotidianas de su cometido docente. En el mejor de los casos, es problemático que pueda mejorarlas en el ejercicio de su profesión, particularmente si cae en el aislamiento de una escuela de pueblo. Nadie está encargado de orientar su crecimiento profesional en el ejercicio de sus funciones. Si tiene suerte, tendrá ocasión de solicitar los consejos del inspector que le visite - si ese tipo de inspector existe - y sacará partido de sus

poco frecuentes ocasiones de relacionarse y cambiar ideas con otros colegas aislados que acuden al mismo "curso de perfeccionamiento". Pero eso es aproximadamente todo y quizás entonces renuncie y se instale en la quietud y en el tedio en el que se instalaron los propios maestros que le enseñaron a él.

Está claro que los sistemas de enseñanza no se modernizarán hasta que el sistema de formación del personal docente sea radicalmente transformado, enriquecido intelectualmente, más exigente y extendido mucho más allá de la formación previa a la entrada en funciones en un sistema continuo de renovación profesional y en el que todo el personal docente pueda aspirar a elevarse en la jerarquía docente. Una reforma que siga esas pautas lleva consigo posibilidades capaces de atraer a más y mejores capacidades hacia el sistema de enseñanza, y de instituir nuevas divisiones de trabajo que abrirán oportunidades para que esos elementos capaces progresen y se utilicen más eficientemente en la enseñanza. Cuando ese día llegue, el personal docente y sus organizaciones podrán felizmente decir adiós a las viejas y monolíticas estructuras salariales, así como a la monolítica descripción de puestos en la cual reposan; ambos por mucho tiempo han tratado uniformemente a los buenos talentos docentes, o sencillamente los han alejado de la enseñanza.

Modernización del proceso de aprendizaje. Pero al fin de cuentas las principales víctimas de los sistemas arcaicos de enseñanza no son los maestros sino los alumnos. Cuando van a la escuela el primer día, los niños acuden a ella devorados por la curiosidad innata de todo cuanto en las cosas es oscuro. Las cuestiones sobre las cuales quieren obtener respuestas podrían agotar los más amplios conocimientos de los mejores maestros y de los padres más eruditos, o el saber de un Sócrates. Pero el niño pronto descubre que no es en la escuela donde se responde a sus interrogantes. Si ha de conseguir esas respuestas en algún lugar, será jugando en el patio en los recreos, o detrás del granero, de su verdadero maestro que sólo tiene un año más que él. Descubre que la escuela tiene sus propias preguntas a las cuales es él quien ha de responder apropiadamente, si quiere ser un "buen alumno". Si aprende esas respuestas más rápidamente que el resto del grupo, pronto se abrirá paso. Si las aprende más lentamente, pronto caerá batido.

Es de suponer que existen muchas maneras mejores de sacar partido de la curiosidad natural de los niños, de sus diferentes personalidades, y de la aptitud de cada uno, cualquiera sea el nivel o el tipo de su inteligencia, para aprender las cosas por sí mismo. Ni que decirse tiene que es difícil concebir un conjunto de procedimientos menos capaz de sacar partido de esas características humanas maravillosas que el que tan ampliamente está en boga en las escuelas tradicionales. Sin embargo, cabe dudar, en fin de cuentas, de que exista una solá vía, una técnica, un artificio que por sí solo pueda dar mejores resultados que los generalmente insatisfactorios de la enseñanza tradicional. Es una nueva combinación de cosas, nuevos "sistemas" de enseñar y aprender que deben surgir para llevar a cabo una tarea pedagógica más significativa que la actual, pero sin elevar los costos de una manera sensible. Las aldeas africanas no pueden contar con máquinas computadoras de enseñanza, por útiles que éstas sean. Tampoco lo pueden, para fines de enseñanza, las escuelas americanas, excepto ocasionalmente para llevar a cabo algún experimento. Pero hasta viejos corchos, botones y cordales han demostrado a veces ser auxiliares eficaces de la enseñanza, a condición de utilizarlos en su debido contexto. Para mejorar la eficiencia pedagógica y económica de su tarea, un sistema de enseñanza no ha de ser forzosamente rico, ni ha de contar con los mejores maestros del mundo. A veces hasta una ligera mayor inversión destinada a mejorar la primera máquina de enseñar - el libro de texto - puede promover un cambio considerable. Pero es necesario no detenerse ahí, cosa por lo demás imposible.

Además de nuevos tipos de centros de formación y perfeccionamiento del personal docente puede pagar altos dividendos el dar lugar a la generación de nuevos sistemas de aprendizaje, y para crear y producir materiales de enseñanza y otros auxiliares que posibiliten el funcionamiento de esos sistemas mejorados.

El fortalecimiento de las finanzas educacionales. No habrá dejado de notarse que las sugerencias que hasta ahora hemos formulado entrañan gastos, pero en el entendimiento de que esos gastos darían un rendimiento mayor que el obtenido hasta ahora. Sin embargo, no podemos esquivar el hecho de que los sistemas de enseñanza, por muy eficientes y eficaces que puedan resultar,

/requerirán muchos

requerirán muchos más recursos económicos que los que probablemente podrán obtener según van las cosas. Una educación cara puede ser pobre, pero una buena educación nunca es barata. Y el mundo necesita en mucha mayor proporción una mejor educación. Por consiguiente se necesita más medios económicos para la educación.

El hecho de que más y más sistemas de enseñanza parecen correr hacia límites financieros difíciles de superar, no significa que no son capaces de lograr algo mejor. Sus problemas presentes se plantean en función de sus actuales métodos y fuentes de financiamiento. Pero, como en los métodos de enseñanza, en general se dispone de mucho margen y de muchas posibilidades de optar por una u otra solución para procurarse una mayor parte del ingreso nacional destinado a extender y mejorar la educación. Además, sugeriríamos otro elemento estratégico consistente en hacer un esfuerzo concertado para hallar fuentes suplementarias de financiamiento de la enseñanza. Un buen comienzo podría consistir en examinar diversas prácticas financieras en uso, así como los ingeniosos artificios descubiertos por unos sistemas y que los otros ignoran.

Se descubrirá inevitablemente, claro está, que recurrir a las fuentes de financiamiento suplementarias más prometedoras requerirá dejar de lado ciertos prejuicios, incluidos algunos socialmente muy loables. Pero es muy posible que sólo a costa de ese sacrificio se consiga evitar que la educación no se ahogue sumergida en elevados principios, por lo menos en lo inmediato.

Mayor importancia a la educación no formal. Siempre nos ha parecido en extremo artificial llamar "educada" a una persona que estuvo en la escuela y no reconocer esa calidad en la que nunca estuvo en ella. Los hechos desmienten esa distinción. Es igualmente extraño aceptar la afirmación de que si una nación puede sólo atender a la mitad de sus niños en pequeñas escuelas rojas o marrones, la otra mitad está condenada a una vida de analfabetismo y frustración de oportunidades. ¿Acaso el que quiere aprender puede sólo conseguirlo en una clase convencional, delante de un maestro y de una pizarra? Nuestro sentido común y nuestra propia experiencia nos dicen que esa afirmación es absurda. Y sin embargo, es en esa proposición que parecen basarse en casi todas partes la política educativa y las prácticas docentes.

Por nuestra parte sugerimos que se reconsidere seriamente la división general que se hace entre la enseñanza "formal" y la "no formal", como parte de la estrategia destinada a superar la crisis de la educación. Es evidente que sería beneficioso para muchos países desplegar recursos en mayor proporción en favor de varios tipos conocidos de educación de adultos, a saber, hacia los claramente relacionados tanto con el progreso de los individuos como con el de la economía. Pero cabe preguntarse si eso será suficiente, y si no existen innovaciones mucho más radicales que sólo esperan ser descubiertas y que podrían, dentro de los límites de los recursos disponibles, luchar más firme y rápidamente contra la ignorancia.

Aprender exige tiempo y motivaciones y son muchos los millones de jóvenes y adultos que no pueden acudir a la escuela a los que les sobre eso. Pero necesitan poder acceder a los medios de enseñanza. Es evidente que gracias a los modernos milagros de los medios de comunicación y de reproducción de documentos, algunos sistemas podrían ser diseñados para saciar el apetito de todos esos individuos ávidos de aprender con algún sólido alimento adaptado a sus preocupaciones y a sus vidas. Pero no todos estarían interesados. Es probable que sólo una minoría exhiba la motivación y la energía sostenida requeridas para autoinstruirse realmente. Sin embargo debe recordarse que cierto número de las grandes personalidades del pasado - mucho antes de que apareciesen los modernos medios de comunicación - lograron sorprendentes autoprogresos estudiando solitariamente a la luz de una vela. En los países en vías de desarrollo, los malogrados "líderes" del mañana son los brillantes y ambiciosos jóvenes de hoy que, por circunstancias de nacimiento y lugar, no podrán educarse de una manera adecuada. En ello parece residir otra auténtica oportunidad de innovación educativa y posiblemente de alcanzar resultados infinitamente superiores a todos los obtenidos mediante las escuelas formales.

En las páginas anteriores hemos pasado demasiado rápidamente de uno a otro de los diversos temas y propósitos centrales que, en nuestra opinión, debe abrazar una estrategia, si se quiere que esté a la altura de la crisis que se propone resolver. Otras personas interesadas pueden seguramente ampliar esas ideas y modificarlas útilmente. Y sin duda las habrá otras

/que mostrarán

que mostrarán por qué algunas de esas sugerencias son impracticables. Querriamos ser los primeros en convenir en que no serán fáciles de aplicar. Pero si las calificamos de imposibles, ¿a dónde iremos entonces?

Un tercer y último elemento de la estrategia:
la cooperación internacional.

Terminaremos subrayando otra particularidad primordial de la estrategia: la cooperación internacional. Damos por sentado que todas las naciones pueden ser dueñas del destino de su enseñanza, y que pueden subvenir ampliamente a sus propios sistemas de enseñanza, por pobres que esas naciones sean. Pero también damos por cierto, por razones ya señaladas, que ninguna nación, habida cuenta de la crisis que las afecta a todas, puede disponerse a resolverla "por sí sola" con éxito.

La cooperación internacional en materia de educación, en amplia escala, puede también, por consiguiente, ser un factor importantísimo de nuestra estrategia educacional, tanto para las naciones ricas como para las pobres. Esto supone mucho más que una mayor extensión de la buena voluntad y de la comprensión mutua entre los educadores del mundo entero, a través de reuniones periódicas en París, Ginebra, Nueva Delhi o Santiago de Chile, donde los viejos amigos adquieren otros nuevos e intercambian experiencias útiles. No desestimamos el valor de esos contactos e intercambios. Pero la cooperación ha de ir mucho más allá. Por nuestra parte pensamos en varias soluciones realmente prácticas que faciliten a los educadores de muchas naciones, y a los que con ellos colaboran, contactos verdaderamente directos de trabajo, persiguiendo de consumo soluciones a problemas comunes, así como hallazgos que puedan reportar beneficios a todos. También pensamos en reforzar los mecanismos prácticos para detectar nuevos desarrollos, dondequiera que tengan lugar, así como para difundir las novedades amplia, confiable y rápidamente - una tarea que conviene perfectamente a las organizaciones internacionales. Finalmente pensamos en una nueva forma de relación - de asociación entre miembros iguales - entre los sistemas de enseñanza de los países pobres y ricos. Esa asociación debería fundarse en la adhesión a tres postulados importantes:

/El primero

El primero consiste en que, desde ahora y durante mucho tiempo, los países industrializados deben ayudar substancialmente a los en vías de desarrollo mucho más de lo que lo han hecho en el pasado.

El segundo supone que esa ayuda no debería consistir en una correa de transmisión para llevar las formas convencionales de educación de los países "donadores" hacia los países "beneficiarios", sino en un común acto exploratorio destinado a descubrir pautas que armonicen realmente con las necesidades y con las billcteras de los países en vías de desarrollo.

El último consiste en que, aunque en términos económicos, la ayuda para el desarrollo de la educación debe correr más ampliamente en una dirección; eso no quiere decir que las naciones en vías de desarrollo no pueden contribuir igualmente al progreso de la educación en los países industrialmente desarrollados. Claro que pueden, aunque sólo sea porque están escribiendo en una tablilla pedagógica relativamente virgen y sus problemas como su versión de la crisis mundial de la educación son mucho más visibles e instructivas. Por esas precisas razones, los líderes educacionales y profesores de los países en vías de desarrollo se hallan en situación de comprender más rápida y claramente la necesidad de abandonar su folklore y sus inhibiciones y de lanzarse hacia nuevas direcciones educativas. De todos modos, puede que no esté lejos el día en que, por lo que a las innovaciones pedagógicas se refiere, la mayor corriente de asistencia técnica que cruce el mundo parta de los países pobres hacia los ricos.

En este intercambio educativo ampliado y mutuamente provechoso entre las naciones, habrá trabajo y responsabilidades suficientes para toda suerte de organizaciones: públicas y privadas, internacionales, regionales y nacionales. El problema consiste en cómo armonizar sus esfuerzos y sacar partido de las posibilidades singulares de cada cual. También en este caso existen virtualidades inexplotadas no sólo para incrementar el volumen de la ayuda exterior y otras formas de intercambio, sino aún más, para elevar su calidad y productividad.